

Demandas de identidad

La identidad nacional y la evolución del soberanismo catalán

Bernardo Bayona

El actual nacionalismo catalán no es identitario, sino de proyecto, de futuro político. Sentir que Cataluña decide; y estar a favor del derecho a decidir, o de la consulta, no implica ser nacionalista.



ILUSTRACIÓN: C-Cataluña. Miguel Brunet.

I

¿Qué significa *Demandas de identidad*? ¿Acaso hay demanda de identidad, como hay demanda de agua, de pan, o de otros bienes? En esos casos «de» es un genitivo objetivo: alguien demanda algo. Pero ¿hasta qué punto puede ser la identidad objeto de demanda? Porque la identidad es, consiste, constituye. Es sujeto en el sentido etimológico de *sub-iectus*, que subyace, supone, da existencia y sentido, define, sustenta: sustancia que no cambia. La identidad reside en el hecho de ser alguien o algo; ser el mismo que se supone que se es, distinto de lo otro, de lo no idéntico.

E incluye ser consciente de serlo, la conciencia de la propia identidad.

Por tanto, *es la identidad la que demanda*, la que exige, requiere, reivindica. La identidad es el *sujeto* de la demanda. En el tema que nos ocupa, la nación.

¿Y cuáles son las demandas de toda identidad? Demanda, primero, *diferenciarse* del otro, separarse de lo no afín. La otra cara de la identidad es la diferencia, la reivindicación de la diferencia. Las políticas identitarias son políticas de la diferencia. Inversamente, las políticas de la diferencia son configuraciones necesariamente identitarias.

Demanda también, por supuesto, *respeto*, reconocimiento, protección. Y restablecimiento, si se hubiera privado en todo o en parte esa identidad: en fin, vindicación de la identidad ahora víctima. El victimismo precede a la reivindicación.

Quienes trabajan la teoría política de la identidad explican que los movimientos sociales modernos, que centran el debate político en las demandas de identidad (feministas, ecologistas, etnicistas), quieren distinguirse de los discursos de intereses. Apelan a planteamientos de principios.

II

En el caso de la identidad nacional, si no hay afinidades raciales o étnicas, los principios de la identidad son la lengua y la historia. Dejo la historia para luego.

Fichte, el filósofo romántico, que convirtió en proyecto político nacionalista las tesis de Herder, sostiene, en los *Discursos a la nación alemana*, que la nación es una comunidad de lengua porque «cada nación habla según piensa, y piensa según habla, pues no podemos pensar sin palabras». Sin duda, *la lengua* nos identifica, nos da una identidad, porque el lenguaje nos hace humanos y nos comunicamos en una lengua, adquirimos conocimiento del mundo y conciencia de nosotros mismos en esa lengua, pensamos con ella y en ella. La lengua es la principal identidad cultural.

Demandas consecuentes de esta identidad son: poder hablar ‘mi’ lengua libremente en mi país, en cualquier lugar y momento; ser educado en ‘mi’ lengua (enseñanza en ella); conocer la expresión histórica y cultural de ‘mi’ lengua (estudio y fomento de su literatura); que el uso y la enseñanza de ‘mi’ lengua no se regulen desde fuera, por otros que no pertenecen a mi identidad lingüística. Por tanto, autogobierno o competencia exclusiva en todo lo referido a la lengua y la cultura propia. Parecen demandas inapelables.

Pero de esas demandas surgen otras: ¿monolingüismo? ¿Soberanía? ¿Estado propio?

El decreto de Nueva Planta de 1714 prohibió la lengua catalana. Pero los catalanes la siguieron usando cotidianamente mostrando que estaba bien enraizada. Y Cataluña, desde entonces, ha tenido que reivindicar su lengua. De ahí que el nacionalismo catalán —que se forjó en el siglo XIX con el movimiento literario de la *Renaixença*—, se fundamenta en la lengua. En los años 90 compartí la ponencia para reformar el Senado en la Constitución con Joan Rigol, el presidente del *Pac-*

to por el Derecho a Decidir. Hablamos mucho del «hecho diferencial catalán». Él tenía claro que la identidad catalana es la lengua.

“ La otra cara de la identidad es la diferencia, la reivindicación de la diferencia. ”

Había sido *conseller* de Cultura con Jordi Pujol, fiel seguidor de Herder. El hispanista Richard A. Cardwell dijo en 1998: “cuando Pujol abre la boca, está hablando Herder”. En marzo de este año, en el *Centre d’Estudis* que lleva(ba) su nombre (se ha cerrado tras destaparse la corrupción pujolista), pronunció una conferencia titulada “De Herder i Renan. I el Dret a Decidir” (<http://vimeo.com/89356769>). Según Herder, “la personalidad de los pueblos se basa en un substrato de lengua, de cultura, de sentimiento colectivo, de memoria y de consciencia previa a las construcciones políticas” y disponer de dicho sustrato “es esencial para ser una nación. Para no desaparecer”. Herder pensaba que una nación es una división natural de la especie humana; que las naciones son entidades naturalmente dispuestas por Dios y que cada nación debe formar su propio Estado. Dios ha separado a las naciones y los Estados con más de una nación son antinaturales y opresivos. Esta teoría de «la nación pura» solo admite la diversidad entre las naciones, no dentro de las naciones. Y obliga a los miembros de una nación a preservarla pura e inviolable, idéntica.

Prat de la Riba, primer presidente de la *Mancomunitat* de Catalunya, escribió en 1906:

Toda sociedad tiende a constituir por ella misma una lengua, (...) que una más íntimamente a sus miembros componentes, y al unirlos entre, sí los separe de los otros (...) Y los Estados han comprendido el valor incom-

parable de poseer una lengua que proporcione unión y cohesión a sus miembros, separándolos de los otros. De aquí que, cuando no consiguen tal resultado naturalmente, por no coincidir las fronteras del Estado con los límites de una sola unidad lingüística, hagan esfuerzos desesperados con el fin de obtener por la violencia la deseada unidad de habla, y de este modo favorecen la expansión de una lengua, aquella que adoptan como oficial, y combaten duramente las otras hasta corromperlas y hacerlas desaparecer

Pensaba en la imposición oficial del castellano y el retroceso del catalán. Y en sentido inverso, añadía:

Por la misma razón, los pueblos que reaccionan contra la absorción por otros pueblos, así que sienten la necesidad de afirmar su individualidad, de proclamar su personalidad, se aferran a su unidad de lengua como principio salvador y fundamento de su derecho: «La lengua es la propia nacionalidad» —decían los patriotas húngaros a mediados del siglo pasado, reproduciendo la afirmación de los primeros patriotas alemanes. La lengua es la nacionalidad han repetido todos los pueblos renacientes.

Y si la nación catalana abarca las regiones de Cataluña, País Valenciano, las islas Baleares, el Principado de Andorra, así como el Rosellón francés, la Franja de Aragón, ¿todos estos territorios deben formar un mismo Estado? La cuestión es si la identidad lingüística nacional exige identidad estatal: si la frontera estatal ha de coincidir con la frontera lingüística.

Primero, es irrealizable, porque habría que desmembrar los Estados plurilingües, como Suiza, o los más poblados del mundo (China o India). Y las lenguas poco habladas serían países inviables económicamente: solo en México hay 68 lenguas.

Además, no existe esa demanda: los hablantes de árabe no quieren formar un solo Estado; se habla ale-

mán la Alemania, Austria y buena parte de Suiza; y los catalanoparlantes de la Franja son aragoneses y no quieren renunciar a ninguna de las dos identidades.

Más decisivo: la democracia y los derechos de ciudadanía son conquistados justamente contra los privilegios o derechos ligados a rasgos identitarios. Ser ciudadano implica igualdad de derechos, sin discriminación por la diferencia étnica, cultural, religiosa, de género, etc. Ligar la pertenencia a un Estado con la identidad y condicionar la ciudadanía a rasgos identitarios culturales, étnicos o religiosos, es retroceder a la España que expulsó a judíos y moriscos.

Por fin, la sociedad catalana no es homogénea, sino bilingüe. El catalán no es la lengua materna de buena parte de la población. Hay catalanes que no se sienten españoles y reclaman el derecho a sentirse 'no español'. Hay otros muchos que se sienten más catalanes que españoles. Y hay catalanes que se sienten también españoles y no quieren dejar serlo.

“ La cuestión es si la identidad lingüística nacional exige identidad estatal. ”

III

¿Se puede someter ese sentimiento de identidad o pertenencia a referéndum? El *derecho a decidir* es siempre también el derecho a disentir y los que pierden se convierten en los nuevos disidentes. Seguirá habiendo catalanes que se sientan más españoles que catalanes o solo españoles. Un proceso de autodeterminación desborda emociones, crea divisiones, y, venza el sí o el no, fractura en dos la sociedad. Si pierden los partidarios de mantener la unidad, se sienten amputados en su ciudadanía estatal actual o incluso

en su identidad no escocesa o no catalana. Si pierden los nacionalistas, aumenta la frustración de ser una identidad y una nación castrada y no van a cejar en el empeño.

El *derecho a decidir* no es sobre la identidad nacional de la gente, sino sobre el Estado. Lo que está en juego es si Cataluña deja de formar parte de España y crea un nuevo Estado catalán. Por supuesto, la identidad nacional de cada uno influirá en la opción que elija, pero las opciones no giran en torno a la identidad, sino en torno al Estado. La demanda ya no es la lengua. Ya no basta con dar a la Generalitat total competencia normativa sobre la cuestión lingüística y la cultura para calmar el soberanismo.

El actual proceso catalán obedece al resurgimiento de los nacionalismos como respuesta a la incapacidad política de la UE y de los Estados para hacer frente políticamente al capitalismo financiero y proteger a sus ciudadanos. Cuanto más abstracto se hace el poder de los flujos globales de capital, tecnología e información, más se afirma la experiencia concreta, compartida en el territorio, en la lengua, en la religión. En el mundo globalizado, la gente se aferra a su identidad como fuente de sentido de su vida. Es una reacción de autodefensa. Como se ha roto el consenso de las élites con las masas y el Estado no garantiza el bienestar social y nos va desposeyendo de bienes y derechos que creíamos irreversibles, se reniega de la ciudadanía estatal y se busca refugio en elementos identitarios fuertes. Se busca compensar la sensación de vulnerabilidad y despojo que padecemos con la ilusión de asentar un nuevo Estado en las supuestas identidades 'con peso' y con historia.

Aún se percibe otro cambio. Pierde fuerza en los nacionalismos el pasado mitificado que hay que recuperar, la tradición que hay que conservar, etc., y la gana el afán de salir de un presente indeseado, la voluntad de ser mirando hacia el

futuro. Rubert de Ventós sostiene, en *Catalunya: De La Identitat A La Independència* (Edit. Empuries, 2014), que los nacionalismos no serán ya etnicistas, ni plantearán tanto cuestiones identitarias, sino pragmáticas, transaccionales, relacionadas con el reparto de la riqueza, con los intereses contrapuestos: quiero lo que tú tienes y no me das, te doy para que me des... y si no me das, me voy.

“ El derecho a decidir no es sobre la identidad nacional de la gente, sino sobre el Estado. ”

Lo vimos en Escocia. Allí el nacionalismo no se basa en la lengua y los independentistas se referían constantemente a las mejoras del Estado de bienestar y de los ingresos petrolíferos cuando Escocia fuese independiente. El motor del soberanismo no es la nostalgia de un ayer cultural, sino la promesa de Estado de bienestar mejorado y disponible, eso sí, solo para los nacionales. Por ello, la Generalitat reclama, sobre todo, las competencias fiscales. Y los independentistas prometen mejor sanidad, mejor educación, mejores carreteras para su país. Así, los profesionales entrevistados en el documental *L'endemà* («El día siguiente»), dirigido por Isona Passola, presidenta de la Academia Catalana de Cine, subvencionado por la Generalitat y TV3 y orientado a «aclarar las dudas de los indecisos» sobre la conveniencia de un Estado propio, anuncian que la Cataluña independiente tendrá «una economía productiva, no especulativa», «más plazas de guarderías», «más jueces y mejor formados», «más inspectores fiscales», y un presupuesto «16.000 millones mayor que ahora, o sea, cuatro veces más de lo que hemos recortado»: «seremos la California de Europa», si no tenemos que sostener el Estado español. El ver-

dadero enemigo del secesionismo, su víctima, es la solidaridad. Solo la insolidaridad puede explicar el nacionalismo padano.

IV

Pero ni las reivindicaciones culturales, ni las reivindicaciones económicas, explican las demandas de la identidad nacional. Está también la *historia*. La historia hecha de girones e injusticias, de victorias y derrotas, de aspiraciones y frustraciones. La mayoría de los conflictos sociales actuales nos remiten casi siempre a la defensa de identidades agredidas: los Balcanes, Palestina, Ucrania y Rusia, Tíbet o los uigures en China, los kurdos, el islamismo radical...

La movilización en Escocia no se explica solo por intereses económicos y pragmáticos. El imán que más aglutina es otro y de fondo: es la humillación. Isaiah Berlin atribuye la raíz del nacionalismo —esa «inflamación de la conciencia nacional»— a las heridas dejadas por «alguna forma de humillación colectiva». Porque «ser objeto de menosprecio o la condescendencia paternalista de vecinos orgullosos es una de las experiencias más traumáticas que pueden padecer los individuos y las sociedades. La reacción suele ser la exageración patológica de las propias virtudes, reales o imaginarias, y resentimiento y hostilidad hacia los orgullosos, los felices, los que triunfan» (*El fuste torcido de la humanidad*, Península, 1992: 229-230). Lo recordó Bernardo Atxaga: la humillación, que es el peor viento para la política y el buen gobierno, ha sido “el componente gaseoso del imán, quizás el que más influyó en los primeros meses, cuando los grandes —grandes bancos, grandes partidos, grandes periódicos y cadenas de televisión— seguían haciendo chistecitos sobre las faldas, o similares” (“Un imán debajo de la mesa”, *El país*, 19/09/2014).

Se puede analizar el conflicto catalán también desde esta perspectiva: una historia de humillaciones y de victimismo. Salvador Cardús afirma: «La mayor parte de los conflictos políticos, y casi todas las derrotas, tienen que ver con el desconocimiento y el menosprecio del adversario». («Ni nacionalistas ni identitarios», *La Vanguardia* 14/05/2014). Cataluña se siente secularmente maltratada por los gobiernos de Madrid. Su identidad ha sido aplastada durante décadas de centralismo y de nacionalismo español. Por eso identificó siempre la democracia con la reivindicación de la lengua y con el autogobierno. Y se ha llegado al punto actual por haber menospreciado las demandas de Cataluña, por la cerrazón al diálogo y las medidas centralizadas y anti-catalanas del Gobierno, como la ley Wert.

“ Cataluña se siente secularmente maltratada por los gobiernos de Madrid. Su identidad ha sido aplastada durante décadas de centralismo y de nacionalismo español. ”

Por tanto, se ha superado ya la cultura política de resistencia nacionalista (capitaneada por Pujol), apoyada en un pasado mitificado (que no es compartido por la mayoría social). Estamos en otra fase, en el llamado ‘derecho a decidir’, o autodeterminación, con un sentimiento muy mayoritario de que el sistema político fijado por la Constitución de 1978 está agotado. El actual modelo identitario catalán es de proyecto, de aspiración, de horizonte, y por ello asume la voluntad soberanista —para el sí o para el no— de decidir el futuro.

Estar a favor del derecho a decidir, o de la consulta, no implica ser nacionalista. Pero la consulta

no es solo cosa de los independentistas de toda la vida. Las encuestas revelan un apoyo popular muy amplio al referéndum, por encima del 70 %. ¿Cuál es la razón de fondo que mueve cada vez a más gente a posicionarse a favor de la consulta y quizá de la independencia? ¿Es un sentimiento identitario, de defensa nacional el que les mueve? ¿O es más bien una muestra de que la ciudadanía, harta de ser acallada, quiere ser escuchada y reacciona ante la crisis política que vivimos? Es una suma de los dos.

Un referéndum no soluciona el problema. Pero yerra quien piense que impidiendo la celebración de la consulta se acaba con el separatismo. La prohibición generará frustración, mucha irritación porque «no nos dejan votar», más victimismo. Y resistencia. Sentimientos que afectarán a todas las dimensiones de la vida social y cuyos efectos se notarán no solo en Cataluña sino en el conjunto de España.

Solo lo reconocido, nunca lo reprimido, puede llegar a ser canalizado y controlado democráticamente, pues, escribe Kant “por la fuerza no se ha conseguido nunca nada contra las inclinaciones sensibles; es menester lidiar con ellas, manejarlas, y, como describe Swift en *El cuento de un tonel*, echarle a la ballena un tonel con el que juegue, a fin de salvar el barco (*Antropología en sentido pragmático* Alianza, 1991: 49)”.

Mantener a Cataluña dentro de España exige hacer más atractivo para más catalanes quedarse en España, a fin de restar apoyo a la independencia. Pero los actuales gobernantes no han querido dialogar, porque les interesa que no haya un acuerdo y necesitan que el conflicto soberanista sea la agenda política y oscurezca los efectos de la injusta política de sus respectivos gobiernos sobre todos los ciudadanos, catalanes y el resto de españoles.